

Sociología de la Guerra: Sociedad, Fuerzas Armadas y Defensa Nacional ⁽¹⁾

Francisco Fernández-Segado
Catedrático de Derecho Institucional de la
Universidad de Santiago de Compostela.

I

La guerra es un fenómeno tan antiguo como la humanidad, debido en buena parte a la innata agresividad y ambición del hombre. Recordemos que Freud, en su correspondencia con Einstein, afirmaba: «El instinto de agresión pertenece a la esencia de la humanidad y su expresión más espontánea y constante es la guerra. En la vida humana hay una fuerza interior que arrastra al hombre hacia la destrucción (...) y no veo fácilmente la manera de desarraigarla»⁽²⁾.

La inevitabilidad de los conflictos humanos ha sido justificada sobre la base de que su ausencia supondría una conformidad propia de los organismos placentarios⁽³⁾. Pero la guerra es una forma particular de conflicto que no pretende resolver los desacuerdos sino aniquilar físicamente a los partidos del criterio contrario, o someterlos por la fuerza.

En todo caso, aunque en el mundo animal y en el humano existe obviamente un instinto de agresión, parece difícil -como bien apunta Verstrynge⁽⁴⁾- atribuir la guerra a dicho instinto de agresividad; este último, desde luego, parece impulsar a la violencia, pero de ahí a afirmar que también impulsa a la guerra, existe un salto excesivamente grande. A cada tipo de conflicto

bélico y de sociedad deben corresponder unos tipos de causas variadas en los que, sin embargo, es posible hallar un fondo común, fruto de la convergencia de una pluralidad de factores.

Sea como fuere, lo cierto es que la historia de la humanidad se ha edificado sobre los cimientos y pilares de las batallas. Porque las guerras han ido trazando fronteras, creando vínculos sobre las sociedades humanas e impulsando al progreso tecnológico de los pueblos⁽⁵⁾.

Con todo, la guerra no debe ser considerada como un eterno fenómeno inevitable, sino como un mal superable cuales fueron la esclavitud, el canibalismo, los sacrificios humanos, etc. Pues la guerra es la perversión del conflicto, su retroceso hacia un patrón infantil incapaz de respetar las reglas de la vida en común con su necesidad continua de compromiso. Es por ello mismo por lo que el reto que lanza al hombre de nuestros días la coyuntura histórica en que vivimos es el de evitar la guerra. Y es igualmente por la misma razón por lo que, cuando en 1932 la Sociedad de Naciones y el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual solicitaron a Einstein que eligiera el problema más importante a fin de discutirlo con la persona que él escogiera, el célebre físico no lo dudó un instante: «el

(1) Tomado de: FERNÁNDEZ-SEGADO, Francisco (Editor). La crisis del Golfo Pérsico. Fundación Alfredo Brañas, Santiago de Compostela, 1991.

(2) EINSTEIN, Albert. Escritos sobre la Paz. Editorial Península, Barcelona, 1967.

(3) MENCHACA, Antonio. Paz, Guerra y Desarme hoy. Conferencia pronunciada en el Ateneo de Sevilla. Madrid, 1989, pág. 3.

(4) VERSTRYNGE, Jorge. Una Sociedad para la Guerra. Segunda Edición. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1988, pág. 23.

(5) GONZÁLES RUIZ, E. La misión del Ejército en la sociedad contemporánea. Editorial Magisterio Español, Madrid, 1976, pág.7.

problema de nuestro tiempo, el problema del hombre, es la guerra»⁽⁶⁾.

II

Existe una creencia muy común de que dentro de los últimos setenta u ochenta años, es decir, en el tiempo de la vida de una generación poco más o menos, ha tenido lugar una transformación revolucionaria de los asuntos humanos sólo comparable a la construcción de las primeras ciudades y al desarrollo de las sociedades civilizadas.

La humanidad ha cruzado una importante divisoria de aguas, una línea divisoria que marca una alteración en la estructura de la existencia humana. Pues bien, si una de las actividades más persistentes del hombre en los ochenta siglos transcurridos desde que el hombre y la mujer se establecieron en las ciudades ha sido el hacer la guerra, podemos cuestionarnos si la transición hacia la sociedad moderna ha aportado un cambio del papel y función de la guerra.

Siguiendo a Underhill⁽⁷⁾, podríamos argumentar que sí se han producido cambios y de las siguientes formas fundamentales:

a) El conflicto armado entre Estados modernos ha perdido virtualmente toda su utilidad como un instrumento de política de Estado. La guerra ya no puede conseguir los objetivos que alentaban su uso en las sociedades premodernas.

b) La obsolescencia de la guerra no previene sólo del refrenado horror de un holocausto termonuclear o de un incremento general de la sensibilidad moral, sino que tiene sus raíces en la estructura de la propia sociedad moderna.

c) Persiste el impulso humano a la violencia, pero el proceso de modernización está cambiando los canales a través de los cuales pueda encontrar su expresión más idónea. Conforme la guerra cruza los límites internacionales, pierde su relevancia, puesto que las amenazas externas se hacen menos verosímiles y las naciones se encuentran a sí mismas cada vez más amenazadas por la violencia generada internamente.

Esta tesis puede resultar, a primera vista, de difícil aceptación cuando se consideran las guerras

recientes, en curso o las múltiples amenazas de guerra. Así las cosas, ¿cómo argumentar que la guerra se está haciendo obsoleta? La respuesta está en la brevedad del período transcurrido desde el inicio de lo que antes llamábamos «la transición hacia la sociedad moderna». Muchas sociedades se hallan aún muy lejos de la modernidad. Consecuentemente, las fuerzas que cambian la naturaleza de la guerra no funcionan de igual modo en todas las partes.

Vamos a ocuparnos ahora, para constatar el proceso a que nos referimos, de la guerra tal y como se ha desarrollado en cada uno de esos dos tipos dispares de sociedad que podríamos perfilar a ambos lados de la divisoria de la modernidad.

Atenderemos a tal efecto, siguiendo de nuevo a Underhill⁽⁸⁾, a las razones por las que una sociedad se lanza a un conflicto bélico y a la relación existente entre la guerra y la sociedad de que se trate.

III

¿Por qué las sociedades premodernas se lanzan a la guerra?

En estas sociedades, una guerra con éxito puede aportar significativas ventajas materiales, las más obvias de las cuales han sido siempre los espolios de la guerra.

Igualmente importante ha sido en los pueblos de la antigüedad la mano de obra humana, esto es, el control sobre el pueblo como esclavos por el ejército victorioso. A todo ello hay que añadir que una guerra con éxito también producía beneficios psíquicos. En efecto, la eliminación o destrucción de una amenaza aportaba un cierto sentido de seguridad. Consecuentemente, la guerra en la sociedad premoderna era útil y satisfactoria para los vencedores. Carl Von Clausewitz, en su conocida obra «Sobre la Guerra»⁽⁹⁾, proporcionaba el marco conceptual para esta utilidad en su tantas veces recordada definición de la guerra como un acto de política llevado a cabo por otros medios.

En el más amplio contexto cultural, la guerra fue aceptada en la sociedad premoderna como parte de la condición humana, un mecanismo de cambio y un inevitable, aunque noble, aspecto de la vida.

(6) EINSTEIN, Albert. «Escritos sobre la Paz». Citado por: MUÑOZ JUÁREZ, Ricardo. «¿Por qué la guerra?» (Parte 1). En: Boletín de Información del CESEDEN, No. 188, diciembre 1985-enero 1986, pág. 6.

(7) UNDERHILL, Francis Jr. «Las sociedades modernizadas y los usos de la guerra». En: El futuro de los conflictos. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, Madrid, 1981, págs. 7 y ss; en concreto pág. 8.

(8) UNDERHILL, Francis Jr. Op. cit., págs. 9 y ss.

(9) VON CLAUSEWITZ, Carl. De la Guerre. París, 1955.

El impulso humano para servir alguna causa superior también encuentra una poderosa expresión en la guerra. Recordemos cómo la Cristiandad, el Islam y el propio concepto de una nación han inspirado tanto decididos sacrificios como amargos conflictos. Ernest Renan se hacía eco de este espíritu en su respuesta a la pregunta: ¿qué es una nación?:

«Tener glorias en común en el pasado, un deseo común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos; desear hacerse más grande; estas son las condiciones esenciales que dan forma a un pueblo».

“Con todo, la guerra no debe ser considerada como un eterno fenómeno inevitable, sino como un mal superable cuales fueron la esclavitud, el canibalismo, los sacrificios humanos, etc. Pues la guerra es la perversión del conflicto, su retroceso hacia un patrón infantil incapaz de respetar las reglas de la vida en común con su necesidad continua de compromiso”

A la vista de todo lo expuesto, no debe extrañarnos que con el Renacimiento brote por doquier una actitud de exaltación fanática de la guerra. No se trata ya de legitimar el recurso a las armas en determinadas circunstancias, sino de una glorificación mística del recurso a la guerra. Maquiavelo es un genuino representante de este espíritu. Para él, la guerra es un fenómeno normal, totalmente al margen del orden moral. El mundo internacional es un *pluriversum*, ese *pluriversum* está dominado y dirigido por la fuerza militar de las armas.

Retrotrayéndose a un momento mucho más próximo en el tiempo, Hegel⁽¹⁰⁾ considerará la guerra como una consecuencia de la relación inevitable entre los Estados. Los Estados se encuentran unos respecto de otros en una especie de estado de naturaleza, pues

no pueden renunciar a su soberanía y no hay instancias superiores que permitan regular por la moral y el derecho la legitimidad de sus intereses en conflicto. Será pues, la guerra la que decida cuál de los derechos opuestos prevalece y se afirma como justo sobre el otro.

En el último cuarto del pasado siglo, la guerra encontró una nueva sanción filosófica en los escritos de Charles Darwin. Su teoría de la evolución de las especies se aplicó a la sociedad humana, y se encontró a la guerra como un mecanismo deseable para la eliminación de naciones inferiores. Y así, el capitán Alfred Thayer Mahan, el gran estratega naval, creía ver en la «honesta colisión entre naciones», una «ley de progreso».

Esta actitud va a cambiar en parte con la llegada del nuevo siglo, particularmente tras la carnicería de la Primera Guerra Mundial. El Darwinismo social no sólo iba a ser postergado en este aspecto concreto, sino que la guerra pasaba a ser vista como una aberración maligna. Ello no obstante, un fondo de pesimismo subsistiría, traducándose en un cierto convencimiento en torno a la circunstancia de que la guerra no podría jamás ser completamente eliminada.

Quincy Wright, en su monumental obra «A Study of War», escribía: «La guerra ha sido el método realmente utilizado para conseguir los más importantes cambios políticos del mundo moderno, la construcción de los estados-naciones, la expansión de la moderna civilización por todo el mundo y el cambio de los intereses dominantes de dicha civilización». Y Bernard Brodie precisaba: «La guerra es intrínsecamente perniciosa, pero puede ocasionalmente demostrarse como necesaria».

IV

¿Cómo se enmarca el fenómeno de la guerra en las estructuras de las sociedades premodernas?

Las sociedades premodernas, con las tres cuartas partes de la población trabajando la tierra, eran predominantemente agrícolas. Esta población rural fue en gran medida estacionaria, al ligarse a la tierra, si no por un sistema social semejante al feudalismo, al menos por los ciclos de plantación y recolección.

Las fuentes de energía eran abrumadoramente animadas (animales y seres humanos) y, por ello mismo ineficaces y de elevado costo; en todo caso, el control de los seres humanos suponía una importante fuente de riqueza y poder.

(10) HEGEL. Philosophy of Right. Oxford, 1953.

La mano de obra agrícola no requería una educación formal. Los bajos niveles de educación general facilitaban a los gobernantes el persuadir a sus pueblos de que existían amenazas contra su seguridad y de que la guerra estaba justificada.

Por lo demás, la función del gobernante estaba claramente delimitada. Proporcionaba defensa contra los ataques del exterior; aseguraba la ley y recaudaba los impuestos para apoyar a todos estos servicios.

Las pobres comunicaciones terrestres y los escasos e ineficientes medios de transporte se oponían a los conflictos entre pueblos distantes geográficamente; pero la ignorancia y el aislamiento ayudaban a preservar las diferencias culturales y a agudizar las diferencias que alentaban el temor y el odio de los vecinos más cercanos.

Finalmente, en estas sociedades premodernas, las guerras tendían a implicar tan sólo a los ejércitos en conflicto, dejando a las ciudades y poblaciones civiles relativamente indemnes, circunstancias que no se producían cuando el propósito de la guerra era la mera destrucción. Suele recordarse a este respecto el ejemplo de la ciudad de Gettysburg (Pennsylvania), en la que el día 3 de julio de 1863 murió un solo civil a causa de una bala perdida mientras que los Ejércitos Confederados y de la Unión sufrían 48,000 bajas en una decisiva batalla que tenía lugar a tan sólo unas pocas millas de distancia.

En resumen, en las sociedades premodernas, la guerra era aceptable, útil, con frecuencia vista como necesaria, y, si tenía éxito, una alternativa política provechosa. Implicaba en su mayor parte a hombres de armas sobre un campo de batalla geográficamente limitado.

Esta utilidad de la guerra para quien triunfaba en ella derivaba de una estructura social caracterizada por una población rural, agrícola, muy tradicional, estática, autosuficiente, con unos niveles mínimos de educación y muy xenófoba; con un gobierno descentralizado, elitista y con estrecho margen de responsabilidades para con los gobernados; y, finalmente, con unas fuentes de energía predominantemente animadas.

V

En las sociedades modernas, la idea de una incompatibilidad fundamental entre la guerra y el Estado nacido de aquéllas ha venido siendo admitida durante casi dos siglos. En efecto, ya en 1795 Emmanuel Kant publicaba un ensayo llamado «Paz Perpetua», en

el que se argumentaba que el «espíritu del comercio», más pronto o más tarde se apoderaría de todas las naciones, y este espíritu era de todo punto incompatible con la guerra. Benjamín Constant, escribiendo en 1813 -esto es, en pleno apogeo de las guerras napoleónicas-, argumentaba que el comercio y la guerra eran medios diferentes para llegar al mismo fin: para obtener lo que uno desea. Ahora bien, los seres humanos civilizados; decía, reconocerían con toda seguridad que el comercio era superior a la guerra, y conforme avanzase la civilización, conforme el comercio fuese en aumento, los negocios estaban destinados a reemplazar a la guerra.

La idea encontró muchos defensores. Henri de Saint-Simon, en un ensayo publicado en 1814, bajo el rótulo de «Sobre la reorganización de la sociedad europea», mantendría que el racionalismo de la producción industrial suplantaría a la violencia y la irracionalidad de la guerra. Augusto Comte encontraba una antítesis fundamental entre la «civilización militar» que se apoyaba en el pasado, y la que él llamaba «civilización de la mano de obra», que se sustentaba en el futuro.

En los inicios del nuevo siglo muchos pensaban que Comte se hallaba en lo cierto. Sin embargo, el estallido de la Primera Gran Guerra en 1914 destrozó buena parte de aquellas esperanzas. Lejos de ser enemiga del militarismo, la industrialización parecía ser su sierva. Producía riqueza que ayudaba a los gobiernos a mantener ejércitos cada vez más poderosos y dotados con unos instrumentos de destrucción progresivamente más eficaces, como consecuencia, en buena medida, del irrefrenable desarrollo tecnológico.

Comte parecía haber cometido un grave error de cálculo, y, sin embargo su idea y la de Saint-Simon persistirían durante el presente siglo XX. Thorstein Veblen y Joseph A. Schumpeter intentaron explicar la «trágica aberración» de la Primera Guerra Mundial, defendiendo el carácter esencialmente pacífico de las sociedades industriales. Con posterioridad, pensadores tan dispares como Raymond Aron, Bernard Brodie, Louis Halle, Kenneth Boulding, John Wellman, Klaus Knorr y Hermann Kahn, se han pronunciado sobre esta problemática. Aunque con matices diversos, en sus escritos existe un doble común denominador, tal y como Underhill ha puesto de relieve⁽¹¹⁾: el primero que es la guerra entre potencias nucleares será suicida; y el segundo, que la guerra en las sociedades modernas ha perdido utilidad.

El primer pensamiento no necesita de mayor

(11) UNDERHILL, Francis Jr. Op. cit., pág. 15.

aclaración. La guerra ya no se presenta como un fenómeno geográficamente delimitado que implica sólo a los militares, sino que puede afectar a enormes áreas geográficas del planeta y, desde luego, a poblaciones civiles enteras. Y ello no sólo por el armamento nuclear, sino también por los modernos y sofisticados materiales bélicos disponibles.

En cuanto a la segunda idea, existe un acuerdo general acerca de que la guerra ha perdido gran parte de su utilidad por conseguir los objetivos tradicionales de un conflicto. El control territorial de las zonas ocupadas tras una acción bélica entraña la necesidad de proveer al mantenimiento de los pueblos objetos de ocupación, proporcionándoles determinados servicios esenciales. Ello a veces, es económicamente ruinoso. Por otro lado, el tejido sin costuras del comercio internacional hace imposible dañar a alguien sin, al unísono, dañarse a uno mismo.

A todo lo expuesto hay que añadir que existe, cada vez más, un creciente rechazo de la guerra sobre bases morales. Las naciones se reservan el derecho de ir a la guerra en defensa de su existencia nacional o de sus intereses nacionales vitales, pero, al margen ya de estas notables excepciones, el recurso al conflicto armado ya no se ve como un instrumento moralmente aceptable de la política de Estado. Todas las naciones se consideran a sí mismas como amantes de la paz; baste con observar, por lo significativo que resulta, que sus servicios militares están dirigidos por Ministerios de Defensa, no de Guerra como antaño.

VI

Aun cuando pudiéramos establecer que la guerra no es ya útil para la sociedad moderna y estuviéramos de acuerdo en que tampoco es moralmente aceptable, nos seguiríamos encontrando con el hecho irrefutable de su permanencia.

Con posterioridad a 1945 han tenido lugar más de un centenar y medio de conflictos bélicos, algunos de extraordinaria virulencia y mortalidad. Bien es cierto, y éste es un dato que no se nos puede escapar, que en la casi absoluta totalidad de los casos su escenario ha sido muy localizado y limitado, y casi enteramente circunscrito a los países del Tercer Mundo, lo que, como resulta lógico, suscita una cuestión adicional: la relación entre la situación económico-social de los pueblos

subdesarrollados y la posibilidad de que las tensiones que les agitan se conviertan en conflictos armados.

Como se ha afirmado⁽¹²⁾, la violencia a que se somete la naturaleza humana cuando se carece de los medios necesarios para satisfacer las necesidades básicas de la vida es primaria y constituye la más grave de las conculcaciones de la justicia.

¿Es racional -se interroga Underhill⁽¹³⁾- la evidencia de la inutilidad de la guerra? ¿Es probable que prevalezca?

Una respuesta a esta interrogante exige un análisis de los factores estructurales de las sociedades modernas que operan contra la utilidad del conflicto armado. Estos factores no dependen de la voluntad humana, sino que funcionan como fuerzas objetivas e históricas, creando una nueva realidad que se impone gradualmente sobre la conciencia humana.

De entrada, conviene significar que la utilidad de la guerra se ve profundamente afectada por las nuevas fuentes de energía de la sociedad. La sociedad moderna crea riqueza por la aplicación del conocimiento a la explotación de fuentes inanimadas; por el contrario, como ya indicamos, la sociedad tradicional depende del trabajo de los hombres y animales. Este trascendental cambio ha eliminado una de las principales causas de la guerra: el deseo de preservar o adquirir el control sobre un gran número de personas. Esta progresiva evolución social hacia un uso cada vez mayor de la potencia inanimada ha ido desarrollando de un modo intensivo unas relaciones de interdependencia que desbordan con creces los ámbitos nacionales.

De otra parte, los elevados niveles de educación general han venido a caracterizar a una sociedad moderna, dependiendo la eficacia de su funcionamiento de la elevación cada vez mayor de los niveles educativos. Al tiempo, la educación de las masas tiende a nivelarse socialmente y el vacío de conocimiento que otrora separaba a los gobernantes de los gobernados ha desaparecido en gran medida. Todo ello, a su vez, ha incitado a la masiva participación ciudadana en el proceso político.

En estrecha conexión con la educación, como factor social estructural que opera contra el resorte de la guerra, nos encontramos con el volumen y la velocidad de la difusión de la información. La capacidad de los medios de comunicación de las masas, particularmente la televisión, para plasmar los horrores de la guerra

(12) BENAVENT, Emilio. «Las tareas éticas de la defensa». En: Boletín de Información del CESEDEN. No. 193-X, junio-julio 1986, págs.1 y ss; en concreto pág. 5.

(13) UNDERHILL, Francis Jr. Op. cit., pág. 17.

moderna, también ha tenido un importante efecto constriñente.

Bien podría decirse que la seguridad nacional ha pasado a ser un tema más de debate público y aun de consenso público.

No es ajeno a todo lo expuesto, y de modo específico a esa conexión entre la guerra y la estructura social, que, como ha significado Verstrynge⁽¹⁴⁾, el ritmo del ciclo guerra-paz sea función, en primer término, de la estructura social y, por ello mismo, sea diferente para cada civilización y para cada una de sus fases: cuando la estructura social cambia, la periodicidad también se modifica.

VII

La evidencia de la inutilidad de la guerra en las sociedades de nuestros días no ha conducido, sin embargo, a la erradicación de la violencia.

La violencia se presenta ahora bajo modalidades bien diversas de las de antaño, mientras que puede constatarse la subsistencia de los conflictos bélicos tradicionales en escenarios muy delimitados.

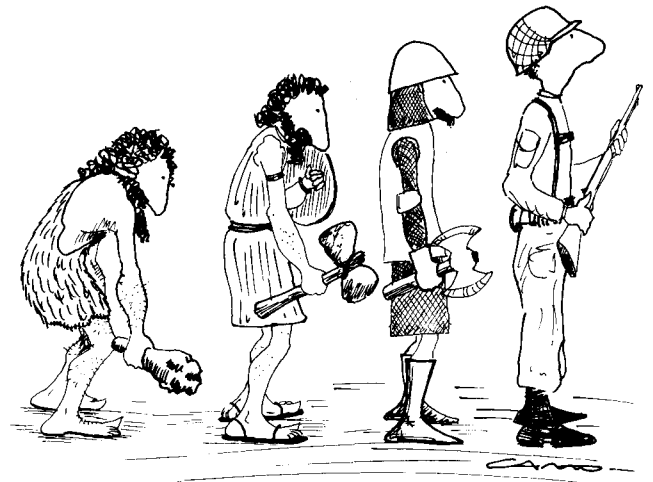
Uno de los elementos que se ha considerado como más determinante en orden de empujar a la guerra hacia la total obsolescencia ha sido el nuevo rol asumido por la violencia en las sociedades modernas, de modo especial en aquéllas muy desarrolladas. En ellas, la violencia se manifiesta con toda virulencia internamente, esto es, se dirige más contra el propio Estado que contra enemigos extranjeros. El fenómeno tiene una explicación relativamente coherente.

Los gobiernos en las sociedades premodernas, como ya expusimos, tenían funciones limitadas (defensa nacional, seguridad interior, obras públicas y recaudación de impuestos, básicamente). Thomas Jefferson definió el modelo ideal al afirmar que un gobierno que gobierna menos gobierna mejor. En nuestras sociedades, el papel de los gobiernos ha cambiado radicalmente. La especialización y la interdependencia han creado la necesidad de elevados niveles de coordinación y control. Se espera que el Estado proporcione una amplia gama de protección, servicios y apoyo, que dirija la economía y asegure la equidad en el reparto de sus beneficios. El resultado es un gobierno aparatoso en cuanto a su tamaño y en el que cada vez se multiplican más los controles sobre los individuos.

Es por todo lo expuesto por lo que bien puede

sostenerse que el gobierno de un Estado moderno se convierte tanto en un aliado como en un enemigo del individuo. Además, el proceso de modernización crea un enorme cúmulo de tensiones y servidumbres. El cambio que Alvin Toffler llamara «el shock del futuro», enfrenta al individuo a enormes fuerzas impersonales que no puede comprender totalmente y menos aún controlar. Se desarrolla así la frustración, la enajenación y la hostilidad indiscriminada, y esta hostilidad se dirige contra la propia sociedad o, transnacionalmente, contra el «sistema». En esta atmósfera, la lealtad hacia la mayor unidad política, el Estado, tiende a dispersarse conforme el individuo busca la identidad y el apoyo en pequeños grupos étnicos, religiosos o políticos.

Es por todo lo anterior por lo que puede afirmarse con Underhill⁽¹⁵⁾ que el proceso de la propia modernización con frecuencia alienta la violencia interna.



La modernización produce a veces aburrimiento. Cuanto más moderna es una sociedad, mayor es la interdependencia y más elevado el necesario nivel de control centralizado. La libertad individual, inevitablemente, está cada vez más circunscrita. Estas limitaciones pueden ser voluntariamente aceptadas o pueden ser impuestas, pero en cualquier caso resulta una cierta uniformidad, monotonía y desánimo. En este contexto, las pequeñas irritaciones y las menores injusticias se agravan en importancia y parecen intolerables.

(14) VERSTRYNGE, Jorge. Op. cit., pág. 81.

(15) UNDERHILL, Francis Jr. Op. cit., pág. 23.

bles y con frecuencia aparece la violencia. Así, en muchos lugares el terrorismo se convierte en un equivalente recreativo de la guerra.

En definitiva, las sociedades modernas son particularmente vulnerables a la violencia interna y transnacional. Las armas y explosivos son fácilmente conseguibles. Los terroristas tienen acceso a las modernas técnicas de comunicación. Las gigantescas concentraciones urbanas proporcionan cobertura y un entorno seguro en el que operar. Los medios de comunicación publican sus actividades y aumentan de esta forma su impacto político y psicológico. Y lo más importante de todo, los terroristas explotan y se aprovechan de la vulnerabilidad de las sociedades modernas para conseguir su desorganización. Cuanto más complejo e interdependiente es el sistema, más fácil es para la violencia bruta conseguir su paralización.

VIII

¿Cuáles son las perspectivas de los conflictos hoy?

Las áreas de los conflictos militares de la actualidad, potenciales o reales, se encuentran principalmente en las naciones del Tercer Mundo. Bien podría decirse que sólo el pobre puede permitirse el lujo de lanzarse a una guerra. Sin embargo, estos conflictos son peligrosos debido a la posibilidad de que los Estados modernos puedan ser atraídos en apoyo de sus clientes.

La significación de estas guerras se ve también magnificada por las modernas armas proporcionadas por los patrones industrializados.

Las Fuerzas Armadas, en muchos lugares del Segundo y Tercer Mundo, se han encontrado, o aún se encuentran, más implicadas en el gobierno y la defensa del Estado contra enemigos internos que en guerras contra el exterior. Consecuentemente, se hallan en una posición privilegiada para efectuar reclamaciones prioritarias con cargo a los recursos de la nación, pudiendo de este modo equiparse con moderno armamento en gran medida poco idóneo para la resolución de los problemas con los que se enfrentan.

Bien es verdad que estas circunstancias no parecen darse en las democracias occidentales, entre las que se ubica España, sin olvidar asimismo que la actual distensión -más bien de separación- entre los bloques parece estar introduciendo una dinámica nueva, bien diferenciada en algunos aspectos de la situación anteriormente existente.

Ello no obstante, no cabe ignorar la posibilidad de conflictos geográficamente localizados pero con consecuencias graves para la comunidad internacional, por cuanto puedan encerrar el peligro de un enfrentamiento entre potencias que desencadene una crisis de mayores proporciones. La guerra del Golfo Pérsico ilustra convenientemente acerca de estos peligros. En este orden de consideraciones, hay que significar que el Oriente Próximo, con el endémico antagonismo árabe-israelí y su decisiva importancia mundial desde el punto de vista energético, sigue siendo el área geográfica de mayor potencialidad polemológica.

IX

Una cuestión de vital interés es la incidencia sobre la defensa nacional y, por ende, sobre las Fuerzas Armadas, de la reformulación del equilibrio europeo y aun mundial.

Hoy puede considerarse superada esa visión del mundo caracterizada por un estado intermedio entre la paz y la guerra, a la que se refería Phillips C. Jessups, que, mediada la década de los cincuenta, describía el panorama mundial a través de estos tres rasgos:

1.- La existencia entre dos mundos opuestos de una condición básica de hostilidades y tensión, equiparada a la que existió en el medioevo entre cristianos y musulmanes, que se consideraban en perpetuo estado de hostilidad.

2.- La pervivencia de esta tensión, por virtud de la fundamental y radical diferencia entre las partes, de forma que la solución de un problema singular no acaba con esta divergencia.

3.- La existencia de una ausencia de intención de recurrir a la guerra como medio de resolución de las diferencias, tal vez porque tal decisión significaría el desencadenamiento de una guerra total igualmente negativa para ambas partes⁽¹⁶⁾.

Este *status* intermedio entre la guerra y la paz, conocido con la denominación de «guerra fría», está en trance de desaparecer, por no decir rotundamente que ya es mera historia.

En efecto, la reformulación del equilibrio mundial, propiciada por los trascendentales cambios políticos acontecidos en la Europa del Este, ha convertido, de hecho, los bloques militares en algo prácticamente obsoleto. Hoy, incluso, podríamos decir que en algo jurídicamente inexistente por cuanto el Pacto de Varsovia ha dejado recientemente de existir como tal organi-

(16) JESSUP, Phillips C. «Should International Law recognize an intermediate status between peace and war?». En A. J. Washington, 1954.

zación militar.

Ha llegado, pues, el momento de proceder al desarme, por lo menos parcialmente, ya que buena parte de las hipotecas que pesaban sobre él han desaparecido o llevan camino de desaparecer.

Estas perspectivas radicalmente novedosas obligan a que las Fuerzas Armadas busquen un nuevo modelo.

Ante todo, puede preverse que la condición del militar profesional, ya sujeta a notables cambios sociológicos y estructurales; debidos a las tecnologías avanzadas y a un dispar conjunto de circunstancias sociales, podrá alcanzar dentro de la nueva situación internacional unas dimensiones y condiciones inéditas, que en alto grado se nos presentan como el fruto de la desaparición, al menos en los países europeos de nuestro entorno, de ciertas funciones específicas que en un pasado más o menos remoto parecían inseparables de la condición militar. En efecto, hoy han dejado de ser factibles las siguientes posibilidades que antaño se le ofrecían a los ejércitos: a) las guerras coloniales; b) la conquista del poder político a través de la intervención armada; c) el ejercicio de cierto poder tutelar sobre las instituciones civiles de gobierno de la nación; d) los conflictos armados entre potencias y sus aliados europeos, al estilo de las guerras intermitentes pero continuas que enfrentaron durante siglos a los países europeos; y e) el «enemigo interior». Como se ha afirmado⁽¹⁷⁾, perdido el estímulo de las funciones anteriormente citadas, la condición militar está adquiriendo una creciente naturaleza paradójica, pues, en último término, consiste en no tener que utilizar los instrumentos que la nación pone en sus manos, limitándose a efectuar simulacros inocuos con ellos. De hacedor de la guerra ha pasado a ser guardián de la paz. Como se ha señalado⁽¹⁸⁾, unos ejércitos bien equipados e instruidos con elevados valores morales no constituyen ninguna amenaza para la paz. Todo lo contrario. Si no existieran, o su equipo, instrucción y moral fueran deficientes, aumentaría la «ventana de vulnerabilidad» de las naciones y crecería el peligro de la guerra.

En la Europa que ya está aquí, la consolidación de la nueva etapa histórica no sólo tendrá influencia sobre la geopolítica, sino que operará sin duda sobre una mayor o menor desmovilización del estamento militar, en función del nuevo marco de seguridad y del equilibrio de fuerzas acordado entre las grandes poten-

cias. La apuntada desmovilización plantea un conjunto de notables y trascendentes aspectos humanos y sociológicos para los integrantes de los ejércitos.

Se adivina a la vista de todo lo expuesto la llegada de situaciones colectivas de «desempleo funcional» para el estamento castrense, caracterizadas por el síndrome de la insatisfacción laboral o ausencia de gratificación moral en empleos que no llenen la necesidad creativa del hombre, fuente de su autoestima.

Esta nueva situación puede conducir a la resignación ante un *status quo* insatisfactorio; a las rutinas de nulo valor creativo; en definitiva, a una situación de apatía y atrofia.

A evitar que se produzcan tales situaciones deben encaminarse alternativas que proporcionen no sólo estímulos económicos, indispensables sin duda, sino situaciones gratificantes a escala global, favoreciendo fuertemente la interdependencia entre la profesión militar y las civiles; en definitiva, integrando más plenamente a las Fuerzas Armadas en la sociedad de la que forman parte integrante.

X

En este contexto, conviene hacer una breve referencia al impacto de las nuevas tecnologías sobre las Fuerzas Armadas. La incorporación de nuevas tecnologías en el material ultramoderno de las Fuerzas Armadas de nuestros días está generando ya consecuencias importantes sobre los propios ejércitos y su personal. Más aún, las nuevas tecnologías es previsible que jueguen un papel trascendente en la configuración de los ejércitos del próximo siglo.

Algunas de esas consecuencias son éstas:

a) El desarme estructural. La progresiva mayor complejidad de los nuevos sistemas de armas empuja, de un lado, a la cooperación internacional, tratando de reducir el coste correspondiente a cada país participante; pese a ello, el coste resultante de cada unidad es cada vez más elevado. Como los presupuestos militares no aumentan en la misma proporción, el resultado final es lo que se ha venido en llamar el «desarme estructural», es decir, que las Fuerzas Armadas van a ir disponiendo de material más moderno y eficaz pero cada vez en menor cantidad.

b) La tecnificación del personal militar. La utilización de armas de tecnología avanzada obliga, como es

(17) MENCHACA, Antonio. Op. cit., págs. 6 y 7.

(18) BENAVENT, Emilio. Op. cit., pág. 13.

obvio, a que los miembros de las Fuerzas Armadas tengan una preparación técnica cada vez más elevada, lo que afecta a todos los niveles, esto es, desde el personal de Estado Mayor, que tiene a su cargo la redacción de las especificaciones a cumplir por los nuevos sistemas de armas, hasta los operadores que van a utilizar los sistemas de armas, pasando por el personal técnico de fabricación y, sobre todo, mantenimiento, pues es una evidencia de que poco valdrá la adquisición de material muy complejo si no se dispone del personal de mantenimiento adecuado, que garantice la perfecta disponibilidad y pleno rendimiento de las armas.

c) La promoción del servicio militar voluntario. La exigencia de que una parte notable de los miembros de los ejércitos tengan cada vez un mayor nivel técnico, desencadena a su vez otras consecuencias. La consecución del nivel técnico necesario en cada caso requiere un tiempo, un esfuerzo y, en definitiva, un coste, que sólo se amortiza si las personas que reciben esta formación permanecen al servicio de las Fuerzas Armadas durante un tiempo proporcionado al coste que ha supuesto dicha formación.

Si se proyecta tal necesidad sobre los niveles inferiores, el tiempo de permanencia en filas dentro del servicio militar obligatorio resulta manifiestamente insuficiente para el personal que ha de manejar ciertos sistemas de armas. No hay tiempo material para darle una adecuada formación castrense, instruirle en el manejo del correspondiente sistema de armas y, por último, mantenerle en filas durante el tiempo suficiente para rentabilizar mínimamente el esfuerzo realizado.

De ahí que se haya considerado como una consecuencia indirecta de las nuevas tecnologías la promoción del servicio militar voluntario⁽¹⁹⁾, con contratos de permanencia en filas por períodos sustancialmente más dilatados. A su vez, el desarme estructural permitirá que las Fuerzas Armadas de nuestro tiempo reduzcan sus efectivos humanos sin reducir su eficacia, los que terminará traduciéndose en que el servicio militar obligatorio afecte cada vez a menos personas.

Retornando a las relaciones entre las Fuerzas Armadas y la sociedad, diremos que el criterio para resolver este sempiterno y delicado problema ha de ser el de establecer un equilibrio móvil y dinámico entre las respectivas áreas de actividad de militares y civiles. Samuel Huntington⁽²⁰⁾ puso de relieve que las sociedades democráticas y pluralistas conceden una amplia autonomía funcional a la institución militar sobre la base del cumplimiento estricto de estos tres principios básicos:

- 1) Las Fuerzas Armadas están subordinadas institucionalmente al poder político y este axioma debe ser una creencia radical y profundamente enraizada en todos los militares, no simplemente una opinión.
- 2) El estudio, análisis y discusión de la política militar y de las cuestiones militares debe ser amplio y abierto, aunque la decisión final ha de corresponder, según los casos, al ejecutivo o al legislativo previa consulta, preceptiva o no, a los órganos castrenses de trabajo y asesoramiento.
- 3) La administración, mando y conducción de la Fuerza es competencia de los mandos militares, pero está sometida a la permanente intervención e inspección del Gobierno y del Parlamento.

Conecta todo ello con un aspecto sumamente debatido y de gran interés: el de la profesionalización. Numerosos tratadistas y muy especialmente los de la Escuela de Sociología militar norteamericana, aceptan como axiomático que la definitiva superación de la conflictividad cívico-castrense descansa en una creciente profesionalidad de los militares basada en una serie de factores de entre los que pueden destacarse los que siguen:

- A) Su capacidad técnica y especialización en parcelas muy específicas que en muchos casos son similares a las de las clases dirigentes civiles⁽²¹⁾.

Desde esta perspectiva, resulta claro que la conocida afirmación del general prusiano Colmar Von Der Goltz⁽²²⁾. «*Heart and character should be decisive in selecting officers, not intellect and scientific attainment*»,

(19) BAUTISTA ARANDA, Manuel. «Las tecnologías avanzadas y las Fuerzas Armadas en el umbral del siglo XXI». En: Boletín de Información del CESEDEN, No. 218, págs. 119 y ss; en concreto, págs. 120-122.

(20) HUNTINGTON, Samuel P. «The rise of military profession in western society». En: PERLMUTTER, Amos y PLAVE BENNET, Valerie (Editores). The political influence of the military. A comparative reader. Yale University Press, New Haven y Londres, 1980, págs. 46 y ss. Asimismo, HUNTINGTON, Samuel P. The soldier and the state. The theory and politics of civil-military relations. The Balknap press of Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts), 1972.

(21) Cfr. STOUFER, Samuel. The american soldier. Princeton University Press, Princeton, 1949.

(22) VON DER GÖLTZ, Colmar. The nation in arms. MacMillan, Londres, 1906, pág. 51.

consideración que razona en base a que, a su juicio, el exceso de inteligencia es perjudicial para un oficial, pues conduce a dudas y vacilaciones al dar una orden, y en la que se apoya, a su vez, Martin Kitchen⁽²³⁾ para llegar a la conclusión de que en el oficial alemán anterior a la Primera Gran Guerra, la personalidad era más importante que el conocimiento intelectual, carece de toda validez en nuestra época y en nuestra sociedad.

En cualquier caso, sería ingenuo, y desde luego no ajustado a la realidad de los Ejércitos, pensar que la progresiva tecnificación ha eclipsado lo que Janowitz, con acierto, denomina «*the fighter spirit*»⁽²⁴⁾, esto es, el espíritu del combatiente, el guerrero. En efecto, podría pensarse que la persistente innovación tecnológica ha transformado la institución militar en algo así como una sofisticada empresa de ingeniería. Por supuesto que el fuerte impacto del desarrollo tecnológico sobre las Fuerzas Armadas ha producido lo que se ha dado en llamar «*the civilianizing of the military profession*»⁽²⁵⁾, con lo que se ha aminorado la diferenciación entre la clase militar y la civil. Sin embargo, tal circunstancia no ha sido suficiente como para eclipsar ese «*fighters spirit*», del que cabe decir que aun no siendo fácilmente definible, se asienta en motivos psicológicos que impulsan a un hombre a perseguir el triunfo en el combate sin atender a su seguridad personal.

Quizá por todo ello, Janowitz haya hecho depender la eficacia de la institución castrense de un tríptico de circunstancias convergentes que incluyen lo tradicional y lo más moderno «*The effectiveness of the military establishment depends on maintaining a proper balance between military technologists, heroic leaders, and military managers*»⁽²⁶⁾.

Pero aún podemos efectuar una última consideración, que viene a relativizar el factor analizado. Los ejércitos cumplen unos fines realmente trascendentes en la vida de una nación; quizá por ello Huntington ha significado⁽²⁷⁾ que, por encima de todo, lo que distingue al militar profesional de los restantes profesionales sea el sentido de su misión, de la historia y de la nación.

B) Su relación de dependencia o, como dijera Perlmutter⁽²⁸⁾, de «clientela» («*clientship*») con el Estado, o lo que es igual, la existencia de una responsabilidad ante su cliente, que no es otro sino el propio Estado; en definitiva, relación de dependencia respecto del Estado y de los órganos legitimados para expresar la voluntad de aquél.

C) Su sentimiento corporativista, que se traduce en una peculiar conciencia de grupo y en una organización burocrática, que a su vez establece una relación de biunivocidad con tal sentimiento.

«*The modern Soldier* -apostilla al efecto Perlmutter⁽²⁹⁾- *is corporate (in terms of exclusivity), bureaucratic (in terms of hierarchy), and professional (in terms of sense of mission)*».

Y es que, en efecto, estamos ante una profesión con una función concreta que desempeñar y con una aspiración a seguir una carrera especializada, características ambas que aparecen como propias de la moderna burocracia. El militar, llegará a significar Mills⁽³⁰⁾, es el más burocrático de todos los tipos que forman parte de la élite norteamericana⁽³¹⁾. Tal afirmación, al margen ya de ser más que discutible en el propio contexto en el que se formula, resulta por lo demás difícilmente trasvasable a otros países; es algo obvio que lo peculiar de la profesión castrense no parece que sea su aspecto

(23) KITCHEN, Martin. *The german officer corps 1880-1914*. Claredon Press, Oxford, 1968, pág. 30.

(24) JANOWITZ, Morris. *The professional soldier. A social and political portrait*. The free press paperback. MacMillan, Londres, 1968, pág. 31.

(25) *Ibidem*, págs. 31-32.

(26) *Ibidem*, pág. 424.

(27) HUNTINGTON, Samuel. *Op. cit.*, pág. 47.

(28) PERLMUTTER, Amos. *The military and politics in modern times. On professionals, praetorians and revolutionary soldiers*. Yale University Press, New Haven y Londres, 1977, pág. 9.

(29) PERLMUTTER, Amos. *Op. cit.*, pág. 3.

(30) WRIGHT MILLS, C. *La élite del poder*. Fondo de Cultura Económica, México, 1969, pág. 185.

(31) Bien es verdad que, como JANOWITZ sostiene no hay muchas evidencias para apoyar el argumento de Mills de que los militares forman una parte integral de un grupo social compacto que constituye la élite del poder; más bien parece ser lo contrario, esto es, el comportamiento de los militares está todavía profundamente condicionado por «*its social isolation*», esto es, por su aislamiento social. Para Janowitz, en definitiva, como sucede en cualquier otra profesión, sólo una pequeña proporción de hombres de entre la profesión militar puede ser considerada como constitutiva de una élite.

burocrático; ello no obstante, resulta incuestionable, como se ha subrayado⁽³²⁾, que un amplio número de militares profesionales se encuentran una buena parte de su tiempo ocupados en funciones propias de la administración y, en consecuencia, de signo burocrático-administrativo.

Esta orientación corporativa, que se vincula a aspectos orgánicos, se manifiesta en cuestiones tales como los procedimientos de adopción de decisiones dentro de la institución, que son colegiados, jerárquicos y que están regidos por reglas autoimpuestas y vigiladas atentamente por el grupo⁽³³⁾.

Ese espíritu corporativo llega a impregnar la propia ética militar. «*The Military Ethic is basically corporative in spirit. It is fundamentally anti-individualistic*»; en tales términos se pronuncia Huntington⁽³⁴⁾. Y es que este corporativismo no es algo abstracto, sino una orientación cargada de valores.

D) Su identificación con una determinada mentalidad común, con la «mentalidad militar». Fue Huntington quien por primera vez acuñó la expresión «*the military mind*»⁽³⁵⁾. Para este autor, al análisis de esa peculiar mentalidad podía abordarse desde un triple punto de vista: 1) la capacidad de los miembros de la institución castrense; 2) los atributos mentales que configuran su personalidad, y 3) sus actitudes y valores peculiares⁽³⁶⁾.

1) Desde el punto de vista de la capacidad de los profesionales de las armas, su inteligencia, libertad de acción e imaginación han sido comparadas desfavorablemente respecto de análogos rasgos de jurista, hombre de negocios o político. Esta presunta inferioridad - que para nosotros resulta inadmisibles, pues parece lógico pensar que entre los miembros de la institución castrense existirán, de igual modo que entre los integrantes de cualquier otra profesión personal de mayor o menor capacidad- ha sido atribuida, en opinión del mismo Huntington, a factores muy diversos, de entre

los que se han destacado: la peculiar organización de la institución, que desalienta la iniciativa intelectual, y las escasas oportunidades que un oficial tiene de aplicar y desarrollar su capacidad.

2) Desde la segunda perspectiva, se ha sostenido que la mentalidad militar estriba sustancialmente en la existencia de ciertos atributos mentales que contribuyen a conformar una peculiar «*military personality*», de esta forma, se ha subrayado que la mentalidad militar es disciplinada, rígida, lógica y científica, no siendo, por el contrario, flexible, tolerante, intuitiva, ni emocional.

“la problemática que suscita la defensa nacional (...) no es algo que en nuestros días interese exclusivamente a los ejércitos; bien al contrario, la necesidad, la conciencia de la defensa requiere de un consenso moral, intelectual y a la postre social”

3) El tercer y, a la par, más interesante enfoque consiste en el análisis de la sustancia real de la mentalidad militar, esto es, de las actitudes, valores y puntos de vista del militar.

Este peculiar modo de sentir, esta identificación con un sistema de valores específicos en el que coinciden buena parte de los miembros de la institución, no se explica en términos de estructura social⁽³⁷⁾,

(32) Cfr. MORRIS JONESE, W. H. «Armed Forces and the state». En: Public Administration, No. 35, 1957, págs. 411 y ss.

(33) Cfr. BLAU, Peter y SCOTT, Richard. «The military as Commonwealth organization». En: PERLMUTTER, Amos y PLEVE BENNET, Valerie. Op. cit., págs. 33-34.

(34) HUNTINGTON, Samuel P. Op. cit., pág. 64.

(35) Ibidem, págs. 59 y ss.

(36) También WRIGHT MILLS se ha pronunciado acerca de la mentalidad militar, significando que no es una frase vacía; por el contrario, dice Mills, expresa el producto de una reparación burocrática especializada, expresar los resultados de un sistema de selección formal y de experiencias, amistades y actividades comunes, todo encerrado dentro de rutinas similares. También señala el hecho de la disciplina, lo cual significa obediencia inmediata y estereotipada dentro de la cadena de mandos. La mentalidad militar significa también la participación en un punto de vista común, cuya base es la definición metafísica de la realidad como una realidad esencialmente militar.

(37) MARTÍNEZ PARICIO, Jesús. Para conocer a nuestros militares. Técnos, Madrid, 1983, pág. 19.

pues el análisis comparativo entre ejércitos muy diferenciados entre sí permite afirmar que los militares se comportan impulsados por valores de un grupo profesional que apenas los ha modificado. Los hombres de uniforme, se llega a decir⁽³⁸⁾, sienten idénticas sensaciones que el resto, pero la gran diferencia estriba en que se mueven por impulsos ideales.

Desde luego, parece indiscutible que los ejércitos tienden a dar sentido de totalidad a la vida; de ahí justamente que sus miembros prefieran hablar de «condición militar» antes que de «profesión militar», y aunque llegue a considerarse la milicia como una verdadera vocación. No en vano ha sido rasgo tradicional de los integrantes de los ejércitos un cierto aislamiento respecto del resto de la sociedad, aislamiento que se ha visto contraprestado por unos específicos sentimientos de solidaridad y compañerismo.

Quizá por las consideraciones precedentes, para el profano, el mundo militar sea un mundo distinto. Valga al respecto con recordar el dicho inglés: «*There are three ways to get the things done; the right way, the wrong way and the military way*», esto es, hay tres formas de hacer las cosas: hacerlas bien, hacerlas mal, y hacerlas al modo militar, adagio que se limita a expresar un hecho, no un juicio de valor.

La escala de valores de la institución castrense, esto es, lo que se ha llamado el «*ethos* militar», se cimenta en un apego a la tradición y a la historia patria, que por lo demás no es exclusivo de nuestros ejércitos. En «*The Queen's regulations for the Army*» británicas puede leerse lo que sigue: «La guía más segura para la conducta de los oficiales tiene que ser siempre la existencia y mantenimiento de las grandes tradiciones y los elevados modelos de las Armas: ninguna regla, por elaborada que sea, puede sustituir a aquélla tan importante condición».

Esta identificación de los profesionales de las armas con su peculiar *ethos* rebasa con creces el mero carácter de requisito para la pervivencia de la identidad institucional, para llegar a ser considerada en amplios

sectores de la milicia como el elemento realmente decisivo para que los ejércitos puedan cumplir con eficacia las misiones que tienen encomendadas.

Ahora bien, esta mentalidad militar tiene que ser relativizada en nuestros días como consecuencia de una serie de variables que han incidido fuertemente sobre los ejércitos. Es el caso del impacto tecnológico. Los cambios que han generado en los ejércitos las innovaciones verdaderamente revolucionarias en algunos casos, de la técnica, y aun las propias exigencias de las sociedades democráticas de nuestro tiempo, han afectado a algunos de los componentes del «*ethos* militar». Valga, a título de ejemplo, con una breve referencia al sentimiento del honor militar, considerado por Janowitz⁽³⁹⁾ como «*The basis of its belief system*» esto es, el soporte del sistema de creencias de los miembros de institución castrense.

Pues bien, el honor, que era un valor fundamental del oficial aristocrático, y aún hoy constituye una muy importante dimensión de la propia imagen entre la oficialidad, ha sido en parte desnaturalizado. En una sociedad democrática, afirma Janowitz⁽⁴⁰⁾, es altamente inapropiado para el propio sentimiento del honor que éste aparezca como el único, o aun el dominante, valor del cuadro profesional castrense. El honor debe combinarse -incluso subordinarse- con el prestigio público y el reconocimiento popular. Y es que resulta una obviedad que el posible aislamiento social de los profesionales de la milicia ya no es una ventaja militar sino, bien al contrario, es seguro que llegue a convertirse en un elemento disfuncional respecto de la propia cohesión social, imprescindible en toda sociedad⁽⁴¹⁾.

Finalmente hay un último aspecto que no puede ser ignorado. Los miembros de la institución están lejos de constituir hoy día un bloque monolítico. La doctrina se muestra unánime en torno a esta puntualización. Finer⁽⁴²⁾ duda de que pueda hablarse de los militares como «*a cohesive body*»; Perlmutter⁽⁴³⁾ pone de relieve que hubo y habrá divisiones entre y dentro de

(38) Ibidem, pág. 135.

(39) JANOWITZ, Morris. Op. cit., pág. 215.

(40) Loc cit.

(41) Cfr. JANOWITZ, Morris y LITTLE, Roger. *Sociology and the military establishment*. Sage Publications, Beverly Hills y Londres, 1974, pág. 96.

(42) FINER, Samuel. *The man on the horseback. The role of the military in politics*. Penguin, Harmondsworth, 1976, págs. 225-228.

(43) PERLMUTTER, Amos. Op. cit., pág. 17.

las distintas categorías y las jerarquías militares, y Daalder⁽⁴⁴⁾, refiriéndose a las nuevas naciones, manifiesta que los ejércitos están lejos de ser entidades monolíticas.

XII

El marco global en el que deben vertebrarse las relaciones entre el colectivo castrense y la misma comunidad social se nos presenta con unos caracteres bien distintos de los de antaño.

A la creciente profesionalización de los miembros de la institución y al impacto que sobre su *ethos* peculiar han tenido las nuevas tecnologías, hay que añadir los cambios experimentados en el reclutamiento de la oficialidad, que han propiciado que las Fuerzas Armadas estén integradas por una más amplia base social, con mayor representatividad por tanto del conjunto de la población, y la incidencia que sobre las relaciones entre la misma colectividad social y sus ejércitos, ejercen las nuevas formas de la guerra, y de modo específico, esa idea envolvente de guerra total que sitúa a militares y civiles en una situación de amenaza equivalente, sometidos a un mismo peligro de destrucción completa.

A estos rasgos hay que añadir, para terminar de perfilar el marco en el que han de ubicarse las relaciones entre las Fuerzas Armadas y la sociedad de nuestro tiempo, un conjunto numeroso de variados y complejos factores que influyen en lo que hoy puede ser destacado como una constante social de buen número de países occidentales: la falta de sintonía de los ciudadanos con las decisiones políticas relativas a la defensa y la seguridad nacional. Planells Boned⁽⁴⁵⁾ ha subrayado algunos de estos factores: a) el escepticismo y adormecimiento social frente a los verdaderos niveles de riesgo y peligro existente; b) la postergación presupuestaria de los esfuerzos requeridos por la defensa; c) el cambio generacional, que al dar paso a generaciones con nula experiencia de sufrimiento de amenaza o conflicto bélico, ha propiciado un mínimo nivel de atención e interés respecto de las cuestiones de defensa;

d) el temor al empleo de armas nucleares, que induce a la opinión pública, en casi todas sus opciones ideológicas, a mostrarse reacia a aceptar gastos proporcionales a las exigencias de los modernos medios de defensa; y e) la aparición de los movimientos pacifistas, antimilitaristas y antinucleares, que con su gran poder de captación por las ideas filosóficas que les animan, contribuyen a minar la voluntad y el espíritu de defensa, entendiéndose por espíritu de defensa la disposición y ánimo pronto para repeler las agresiones y tomar medidas frente a los riesgos de toda índole, o lo que es igual, aquel espíritu, aquella disposición de ánimo cuyo objetivo prioritario es la conservación de la comunidad nacional⁽⁴⁶⁾.

XIII

Es en este nuevo marco de relaciones entre los ejércitos y la sociedad en donde hemos de tratar de resolver la problemática que suscita la defensa nacional, que, como fácilmente puede comprenderse no es algo que en nuestros días interese exclusivamente a los ejércitos; bien al contrario, la necesidad, la conciencia de la defensa requiere de un consenso moral, intelectual y a la postre social.

Choca tal exigencia con un hecho de sobra conocido: el que la mayor parte de las personas son más conscientes de los problemas que les afectan a título individual que de las cuestiones -frecuentemente mucho más graves- que afectan a las instituciones y al propio Estado.

Ya Simmel se ocupó de este tema a propósito de la conservación de la comunidad nacional, analizando las razones por las que la mayoría de los individuos no llegan a ser conscientes de los problemas que afectan a la conservación de las naciones y, mucho menos, de la necesidad de que ellos actúen, coadyuvando a esa conservación⁽⁴⁷⁾.

La defensa nacional, contemplada en su faceta político-social, entraña entre sus objetivos la creación de una conciencia general y un estado de opinión pública adecuado y entrenado para comprender tal función

(44) DAALDER, Hans. «El papel de los militares en los países que emergen». En: ALVAREZ, Jorge (Editor). Política militar. Buenos Aires, 1963, pág. 16.

(45) PLANELLS BONED, Francisco. «Sociedad, Demografía y Defensa». En: Boletín de Información del CESEDEN, No. 206-X, diciembre 1987-enero 1988, pág. 6.

(46) MARTÍN LÓPEZ, Enrique. «Aspectos psicosociales de la formación y mantenimiento del espíritu de defensa». En: Boletín de Información del CESEDEN, No. 202-VIII. junio-julio 1987, págs. 1-2.

(47) SIMMEL, G. Sociología VIII. «La autoconservación de los grupos». En: Revista de Occidente, Madrid, 1927, págs. 9-20.

y conseguir el asentimiento nacional ante cualquier amenaza a los valores sobre los que se ha de sedimentar la convivencia.

Es evidente que la defensa nacional no es sólo protección de fronteras físicas ni conquista de territorios. Defensa nacional debería ser defensa y protección de los cambiantes modos de sentir, pensar y hacer de todo el colectivo humano que en el territorio se asienta.

Resulta asimismo una evidencia -aunque conviene recordarla- que cuanto más nítida sea la definición de los valores profesados y más generalizada sea su aceptación personal y su vigencia social, más probable será que se reaccione contra los fenómenos o acontecimientos que ataquen o contradigan dichos valores colectivos. Bien es verdad que existe una grave cuestión de fondo de orden moral. Sólo se defiende lo que se ama, y porque se ama o se cree firmemente en ello, se coloca por encima del propio yo. El egoísmo insolidario de nuestros días, del que se derivan tantas disidencias y tanta inhibición, está en la base misma del deterioro del espíritu ciudadano de defensa. Y sucede por ello mismo que naciones bien dotadas de medios técnicos para luchar contra los problemas que las amenazan, parecen inermes frente a ellos, porque el mayor peligro reside en la propia conciencia moral de sus ciudadanos.

Socialización política, información veraz, creación de tareas y cauces institucionales a la participación ciudadana de la defensa deben ser aspectos a considerar en orden a la recuperación del espíritu de defensa, perdido en buena parte de las sociedades industrializadas de Occidente. Es muy significativo a este respecto que la primera de las veinte acciones formuladas por el Gobierno en la Directiva de Defensa Nacional difundida a través de los medios de comunicación social esté dirigida a «crear una conciencia de

defensa nacional», y que en ella se establezca la necesidad de «fortalecer la conciencia de defensa nacional, y desarrollar la voluntad de defensa de los españoles contra cualquier amenaza a sus libertades, a su independencia y a la paz, fomentando la identificación del pueblo español y sus Fuerzas Armadas».

Es innecesario precisar que este fortalecimiento de la conciencia de defensa nacional es perfectamente compatible con la consideración constitucional de la paz como valor fundamental⁽⁴⁸⁾. Recordemos que nuestra Norma suprema, en su preámbulo, proclama como uno de los propósitos básicos de la nación española su voluntad de «colaborar en el fortalecimiento de relaciones pacíficas y de eficaz cooperación entre todos los pueblos de la tierra». No en vano esa creación de una «conciencia de defensa nacional» persigue básicamente conformar la firme voluntad de los españoles frente a cualquier amenaza contra la paz.

Del fortalecimiento de esa voluntad dependerá, en alto grado, aunque desde luego, no sólo de ello, que los Ejércitos sean rodeados de la estimación y apoyo social que precisan para el cumplimiento de sus funciones, en especial, para la que puede considerarse como su última *ratio*: la defensa militar de España, en definitiva, la defensa nacional.

En último término, conviene no olvidar que la interacción entre civiles y militares tiene sus límites. Sus relaciones serán con frecuencia tensas y siempre agitadas, cambiantes, dinámicas, vivas y, por lo tanto, conflictivas, pero el conflicto debe resolverse siempre en el diálogo abierto, en el espíritu de cooperación y en la identidad de fines: el mejor servicio a la Patria. Si se cumplen estas tres condiciones, todas las crisis se resolverán en la búsqueda en común de las soluciones más adecuadas para resolverlas. ☞

(48) Cfr. PEREZ LUÑO, Antonio. «La paz como valor constitucional». En: Poder Judicial. No. 12, setiembre 1984, págs. 101 y ss.